



Segundo premio del XV Certamen
de literatura «Miguel Artigas»

M. Iván Pérez Fernández

Actualmente su currículum está en obras. Está trabajando duramente para que nunca nunca termine.
Disculpen las molestias.

De cómo madre perdió la sonrisa

M. Iván Pérez Fernández

Preámbulo

Están ustedes a punto de descubrir cómo madre perdió la sonrisa.

La sonrisa de madre es muy especial para mí, como deberían ser de importantes todas las sonrisas aunque sean de otro. Y si me preguntan si esta historia es real, si pasó de verdad, yo les diré que claro, que por supuesto, y no solo una vez sino que habrá de pasar miles de veces, tantas como lectores se conviertan al pasar estas páginas en muchachos como yo, chicos de pueblo sin más, preocupados por la incertidumbre de una tristeza. Ya sé que luego querrán saber el nombre de mi pueblo y saber también si tiene un alto campanario lleno de ese denso repicar de las campanas de las que, si ustedes quieren, tirará un monaguillo vestido de blanco y rapado a cepillo. Porque mi pueblo ha de estar donde ustedes quieran que esté y tendrá lo que ustedes quieran que tenga, si quieren lo situaremos en el mapa a veinte kilómetros exactos de la cordillera andina o para hablar con propiedad geográfica al noroeste de Macondo o río arriba, atravesando el cauce seco y polvoriento que lleva a Comala o puede que esté en un pueblo árido al sur del Teide o en una de esas llanuras tristes y mesetarias de Castilla. Da igual el sitio. Porque todos los pueblos, da igual lo lejos que estén, tienen un lazo invisible que los une los unos a los otros como si la última casa, ésa que hace de frontera y pone fin al pueblo, fuera siempre la misma, el desfiladero que hace que todos los que vivimos en

un pueblo la sintamos con desazón, como si al salir de su alargada sombra algo nos apretara el cuello y el corazón y la decisión menguaran. Advertidos quedan de que si deciden seguir leyendo encontrarán mi voz, pero también la de tía y parte de la de madre y puede que una pizca de la del abuelo, pero no solo de los míos, sino también de los suyos y de los que viven a veinte mil leguas submarinas, en cualquier otro pueblo, pequeño o grande, siempre con una oralidad tan diferente y a la vez tan parecida, hija de la tradición de la lengua y el oído. Porque esa es la verdadera magia de los pueblos; en todos hay una madre que ha perdido la sonrisa.

De cómo madre perdió la sonrisa

Fue ayer que madre debió de perder la sonrisa. Ayer mismito. Y lo peor es que en parte yo tengo la culpa. Nunca, nunca la he visto sin su sonrisa y de la impresión seguro que se me volcará el corazón fuera del tiesto. La ando esperando aquí en la cocina para contarle la tremenda calamidad antes de que le llegue el chisme por boca de otros. Necesito contárselo de una vez porque esta bola que tengo en el estómago anda creciendo y creciendo como queriendo consumirme. Yo sé que a madre le bastará con una mirada para darse cuenta de todo, porque madre es así, y tranquilizándome dirá lo que siempre dice: *“Hijo mío, no se preocupe, sosiéguese y cuénteme desde el principio que así no hay quien lo entienda”*.

A madre o la India, que así es como la llaman todos antes incluso de que naciera, me gusta compararla con la llama alargada de una vela al prender. La tía Engracia cada vez que la ve siempre repite que tiene ese tipo de andares que, salvo dolores de parto, pocas veces se quiebran en la cintura. Lo dice

con una envidia que no puede disimular, moviendo su cabeza de lado a lado y haciendo un chasquido con la lengua. No sé si es una envidia sana, la verdad. Madre es una mujer firme, porque firme la pusieron a base de golpes de vara desde bien pequeña. Todavía tiene alguna marca que nos enseña de vez en cuando para impresionarnos. Y es verdad que bien recto se le quedó el espíritu. Pero no vayan a pensar que madre nos pagó con la misma moneda. No, nada de eso. Ni una sola vez nos dio con más saña que una nalgada ingenua, de esas que calman la rabia que a veces escuecen los niños. Todos sabíamos que madre sufría cada vez que lo hacía. Al contrario que padre. Padre, no. Sí que es verdad que madre se limitó a espantar los besos como a moscas para que nunca entraran en casa y si, llegada la casualidad, lo hacían y entraban, todos bromeábamos con que eran aves que solo volaban de noche y anidaban cabeza abajo, bien entrada la madrugada del sábado y si Dios consentía, en el cuarto de padre y madre. Así, dicen los burros de mis hermanos, quedó preñada diez veces y uno que se le fue al cielo sin vida; que Dios lo tenga en sus brazos.

Madre no es de hablar demasiado, eso solo lo hace con los muertos, pero es dócil y resuelta a enseñar esa sonrisa llena de desconchados. Desde bien temprano se la maquilla en la cara cuando todos dormimos y ella lleva ya rato bregando con la casa para tratar de meterla en vereda. Así que luego va cama por cama a despertarnos y nos amanece con su sonrisa. Zánganos, así es como madre nos llama, levanten de una vez que hay que revolotear a las flores, y da unas palmadas en el aire con cierto aire marcial. Luego todos nos sonreímos porque no imaginamos una forma mejor de despertar. Pero no solo es así con nosotros, no se crean, madre le da sonrisas a todo aquel con el que se cruza. Las regala como ese polvo que se levanta de la tierra con los pasos. Y es la pura verdad que todos se contagian y no pueden hacer otra cosa que sonreírle porque la India tiene ese poder desde muy niña, casi desde que nació. Eso dicen todos. Todos menos padre. Padre, no.

A madre la quieren mucho en el pueblo y también en las montañas. Y sobre todo la respetan. Es el oído al que todos acuden cuando algo se atraganta en el pecho y el doctor no ve la forma de arreglarlo. Vaya a la India, apúrese, les dice, quizá ella sepa de alguna cura que todavía la ciencia no ha descubierto. Y la gente va a su pequeña tiendita que queda en la esquina más alejada del pueblo, justo la que mira de frente al este sobre un mustio descampado y ve los amaneceres sin ningún tipo de impedimento. *Casa la India*. Eso pone. Yo mismo lo pinté a mano con un pincel que padre tenía en su caja de herramientas y al que le faltaba más de la mitad de la barba. Madre allá dentro guarda sus velas y sus santos y las hierbas y todas esas piedras que alteran los colores según los corazones y los adentros de las personas. Y la gente va y madre le hace entonces sus rezos o le da una vela para ver hacia donde cambia la llama o a veces pone incluso la voz de los muertos para que las familias puedan decirse las últimas cosas y todo ande en paz. Luego en el más profundo de los secretos, si cree que todavía falta algo, le susurra algunas instrucciones al oído y se sabe que madre nunca falla. Que en eso no se equivoca. Madre solo cobra la voluntad, eso dice siempre escapándosele las palabras y la vergüenza por entre la sonrisa, pero lo cierto es que hasta ahora no nos ha faltado de nada y eso que a padre no se le han dado bien los trabajos.

Madre se eleva medio metro del suelo cada vez que deja que los muertos usen su lengua para decir cosas. La primera vez que la vi así casi me muero en el sitio. Vinieron unos indios. Bajaron de las montañas nevadas montados en sus animales raros porque incluso hasta allá arriba llega la fama de madre. Hablaron en un idioma suave que no era el de sus caras y madre asintió como si ya supiera antes de oírlos. Luego madre los hizo pasar a la tiendita y me dejó fuera esperando. Yo me subí al viejo tronco y pude verla temblar por la ventana. Los indios la miraban y se persignaban. Madre

acabó recostada en el aire. Los indios después de pasar sus brazos por debajo acabaron abrazados en una esquina temblando igual que madre. Luego se fueron con los ojos llenos de lágrimas, pero igual de firmes las caras.

Todo debió empezar ayer.

Creo que fue ayer cuando pasé apresurado por la esquina donde las viejas urracas pasan las tardes picoteando de ese luto que ya casi no recuerda difunto. Pude oírlas con claridad, tan chismosas como siempre. Ya ven comadres, al final la India terminó perdiendo la sonrisa, decían, se le fue por el camino viejo. Y se persignaban sufridas como espantando al mal de ojo. Ni se enteraron de que pasé por allí. Si que es verdad que mis pies corrían rápido y andaban descalzos, perseguidos todavía por el susto de lo ocurrido en casa de la Luciana, eso y que esas viejas ya andan sordas y medio ciegas.

Y aunque fue ayer que madre perdió la sonrisa ya llevaba unas semanas que se la veía por casa con los hombros cabizbajos, como si sostuviera un peso invisible que solo ella fuera capaz de equilibrar. Lo notábamos porque sus amaneceres sonrisas parecían distraídos y sus palmadas en el aire eran un desconsuelo. Al principio creímos que todo era por la muerte de sus canarios. Sus jaulas, desde que yo era niño, siempre han colgado del esqueleto de una viga oxidada que hay en el patio de casa y que padre siempre quiso enlucir y adecentar un poco y para lo que nunca encontró el momento. Y amanecían los pobrecillos en el suelo de sus jaulas, tiesos y con las patas para arriba. Uno tras otro, contagiados de la misma muerte los pobres. Madre adoraba a esos pájaros. Les hablaba como a nosotros y hasta algún beso se le escapaba en sus pequeñas cabecitas de vivos colores. Ellos también

le hablaban y le cantaban sus mejores canciones. Los enterró allá detrás de la casa, en el trozo de tierra más alejado, justo donde crece el olor al jazmín. Los despidió con una crucita pequeña hecha con palillos de dientes y un silencio ceremonioso precedido de una oración. Madre lloraba. Y todos en casa andábamos preocupados por la tristeza de madre y hasta se lo dijimos a padre que hizo un leve gesto de asentimiento sin fuerza siquiera para abrir los ojos desde el camastro donde duerme las turcas. Luego dio un ronquido interminable y la baba siguió mojando la almohada.

Fue ayer.

Ayer que madre revoloteaba por la cocina tan ausente como si estuviera en casa de otros. La vi tirar a la basura unos huevos negros como el piche y que olían al mismísimo sobaco del demonio. Luego se persignó nerviosa y creo que rezó algo entre susurros. Fue desayunando que me atreví incluso a preguntarle siguiendo los reclamos de los pesados de mis hermanos. Anda guanajo, pregúntele usted, que usted es su niño, su niñito del alma, que a usted se lo contará y entonces quizá podremos ayudarla. No me sea cobardica. Para madre soy todavía su pequeño, soy el alma de la casa, elruiseñor que canta por las mañanas con ese piquito lleno de sonrisas. Eso me dice siempre madre cuando estamos a solas y los demás no pueden oírnos. Así que le pregunté. ¿Madre, qué le pasa que anda tan triste? Madre me miró, me sonrió, luego sonrió a todos los que con alguna excusa tonta se habían quedado en la cocina y dijo: *“Son solo cosas del otro lado, hijo mío, los muchachos no deben preocuparse por el mundo del otro lado sino por éste. Así que apúrese y termínese la leche, mi zángano, que fuera han amanecido hoy muchas flores que revolotear”*. Y ya todos sabíamos que madre no nos iba a contar.

Los mayores de mis hermanos decían que todo esto era culpa de padre, líos de deudas y de borrachos. Y eso parecía dejarlos tranquilos. Y yo les decía que no, que aquello era distinto, que padre ya era borracho antes de esposo, antes de padre, antes de todo. Pero ni asunto me ponían o se dedicaban a darme collejas abusando de la edad para que callase. Si no ha mojado, me decían, usted aquí no puede ni hablar, no pinta nada, así que se me está calladito, enano, y se reían todos como si ellos no hicieran otra cosa que mojar y no, como decían sus jadeos y espasmos, darle a la zambomba por debajo de las sábanas cada noche. Y oyéndolos reír así sentía verdaderas ganas de darle de trompadas a todos, pero pronto se me pasaban porque no me gusta estar a las malas con nadie. Hasta que tenían que nombrarme a la Luciana para hacerme la puñeta, para escarbarme en la misma rabia; que si ya le había tocado sus relucientes tetitas, que si había probado de sus ricos jugos y todas esas sinvergüenzadas impropias de caballeros, y acabábamos todos a la trompada limpia con los peores resultados para mis labios hinchados y mi nariz de sangrona porcelana. De Luciana no les paso ni una a esos burros. Ni una.

Porque lo de Luciana es especial. Ella también lo cree. Ya hace como seis meses que recorremos juntos el camino que lleva a la escuela. Ella me espera siempre en el árbol donde nos dimos el primer beso porque dice que el primer beso de nuestros días debe ser siempre en ese mismo lugar. Cosas de mujeres. Suerte que nos queda de paso y no resulta inconveniente. Así que cada mañana ella me espera con su espalda apoyada contra el tronco y yo voy y la beso sin mediar palabra. Ya me he acostumbrado a empezar el día de esa manera. Luego recorremos el camino de secano que lleva a la escuela hablando de los sueños que nos dejó la noche. Y yo no veo mejor manera que pasar la vida así, hacer esto mismito cada mañana así tenga que seguir yendo a la escuela hasta que sea uno de esos viejos desdentados que gastan los días en escupir al suelo.

Porque fue ayer.

Ayer en la tarde que Luciana entorna las contraventanas de su cuarto y el sol se oscurece sobre la cama. Su mano que coge mi mano con tanta delicadeza que me vale para una vida. Y me traza el rumbo por su pelo atormentado, por su cuello línea, por sus pechos oquedades. Y los botones se desmoronan con cada uno de mis pasos, lindo telón de los sueños. Y ella parece enseñada a saber que mi cinto se encasquilla si lo fuerzas, por eso, con dulzura, ovilla mis pantalones en los tobillos y el placer queda de rodillas. La Luciana me guía haciéndome señas, con una experiencia que no le conocía. Parece uno de esos policías gordos y viejos que controlan el tráfico en la capital dando el paso o el alto según el momento. Yo me dejo, no sé de otra manera. La acaricio como si la viera por primera vez. Ella me introduce, yo la sigo. Ella me apura, yo la obedezco. Ahora venga desde atrás, me dice, y ya sé que no es nueva. Y yo voy y comprendo en un instante cómo un hombre puede perder la cabeza por una mujer, ser su esclavo si ése es su deseo. Pruebo los jugos de los que hablan los hermanos, escruto cada rincón desapercibido, nada me queda por descubrir de ese volcán enorme que es Luciana. Entonces acompasamos los jadeos, sin querer, sin vernos. Como la mar que lame la orilla en un vaivén que dura ya siglos. Qué maravillosa criatura. Dios qué hermosa eres, le digo, intentando que ella sienta mis palabras embestidas. Ella agarra fieramente mis nalgas. Y entonces viene la risa. Una risa pequeña, como de niño. Nos miramos, ambos con el semblante serio y placentero, olvidando poco a poco la promesa del orgasmo que se esfuma como el eco entre las laderas. ¿Qué haces aquí?, grita Luciana. Y todo se precipita en un segundo por completo distinto al anterior. Gabrielito sale del cuarto a toda prisa tirando la vela de la mesilla y algunos libros apilados. No debe tener más de seis años, el cuerpo quebrado por la polio reciente, camisa roja desteñida, pantalón

bombacho azul y el resto canillas. Se lo voy a decir a padre, grita el jodido diablillo escaleras abajo. Hijo de mala madre, le grito, espera, espera por tus muertos que yo te mato. Luciana me apura ahora con otra urgencia y yo solo alcanzo a ponerme los calzones y a coger la camisa que todavía tiembla. Descalzo me lanzo a perseguirlo.

A punto estoy de morir escaleras abajo, pero me rehago. El niño parece un gato que juega al ratón conmigo y no un tullido de piernas defectuosas. Entra en la cocina. Se sabe de memoria los sitios, yo solo trato de seguirlo. Y el malnacido se esconde en el mejor rincón de la casa: justo detrás de las faldas de su madre que llega de los recados por la puerta de la cocina. La madre me mira. No hay sorpresa en sus ojos, sabe de oídas que ando tras su hija. Creo que alguna vez incluso nos vio besarnos. Parece que hasta sonrío divertida y eso en parte me relaja. Llevo la camisa en la mano, la vergüenza en las mejillas. Madre, éste andaba arriba fornicando con la Luciana. ¡Pedro!, grita la mujer, haga el favor de venir, apúrese. La voz de Pedro es servicial, es bruta, es hombre de metro noventa de piel curtida en el campo, la voz de Pedro se acerca a toda prisa y pregunta todo el rato qué pasa mujer, qué pasa. Yo tiemblo. Yo sudo. Yo casi no puedo moverme hasta que aparece Luciana que guarda la compostura y se interpone entre el instinto de padre y mi vida. El hombre Pedro coge su escopeta y unos cartuchos y con gracia la parte en dos para cargarla. Luciana le grita. La madre le increpa. Él me mira. No haga locuras padre, grita Luciana. Gabrielito se ha puesto a llorar como si le mordieran los remordimientos. Apúrese y salga corriendo que yo lo entretengo, me grita Luciana. Apártese so puta, grita la voz de Pedro que puede que haya crecido dos o tres palmos. Luciana cae bajo la mesa, enredada bajo el espeso bosque de patas de madera. Lloro angustiada. Aún así tiene fuerzas para agarrar la bota de su padre. Al final consigue retenerla con su cara. Ahora debe sangrar. Al menos

eso imagino porque corro en busca de la puerta principal con el regusto en la boca del placer y la miseria. Atravieso el salón tan rápido que ni siquiera me deja recuerdo. Oigo cerrarse brusca la escopeta. Consigo abrir la puerta y salir a la calle. ¡Dios mío, gracias, estoy salvado! El padre dispara, supongo que al cielo y como advertencia pues no sangro. Luego hay otro disparo, para acabar con las ganas que puedan quedarnos. Me permito el lujo de mirar victorioso hacia detrás buscando los ojos de Luciana que está en la puerta y anda la pobre con la mirada perdida, llena de sangre y de lágrimas. Corro atravesando el pueblo con una ligera sonrisa.

Fue ayer.

Ayer cuando volvía a toda prisa de casa de la Luciana y dejé atrás la esquina de las viejas urracas que pude escuchar a la tía Engracia, la hermana de padre, hablar sobre madre. Porque justo al lado de casa viven los tíos. No estaba espiando. Lo oí sin querer. No hay otro camino para ir a casa, casi me lo encontré. Me detuve al oír a la tía nombrar a la India. Pensé que quizá madre estuviera allí. Y fue así como por fin pude conocer lo que desde hace semanas le hervía dentro a madre. La tía Engracia siempre ha sido de hablar a gritos, como si eso le diera más razón a lo que dice y, claro, los ventanales abiertos desde que amanece no tienen miramientos con los oídos ajenos. Rodeé la casa hasta la ventana de la cocina y me asomé sin que me vieran para oír bien lo que decían. La India anda jodida la pobre mujer, le gritaba la tía al tío Nené que parecía tener la atención justa para el vaso de leche con gofio y un trozo de pan duro que mojaba para poder morderlo. La India me dijo que hace unas semanas fueron a la tienda a por un encargo. Un niño que llevaba el recado de su madre. Llevaba una lista y la India no hizo más que leerla para saber que aquello eran cosas de magia negra. La

magia del demonio para hacer el mal. Y fue decirme eso y yo le dije que eso tenía que ser cosa de la Tiznada, seguro. La que vive entre los maizales, ya sabes; puta y encima bruja. El tío Nené levanta levemente la cabeza. Al principio la India no aceptó pues no hay que jugar con esas cosas, que ya está lleno de mal el mundo como para rebosarlo. Pero el borracho de mi hermano anda metido en líos y ya le habían advertido a la India que de esa semana no lo dejaban pasar. Que cualquier día parecería arrimado en la orilla del río, ahogado. Lavadas y bien limpias las deudas. Pobre hermano mío, quizá estaría mejor muerto y no jodiendo la marrana de esta manera. Y la India dudó. Dudó porque le tiene cariño al muy animal. Le dijo al niño que ella no vendía de eso. Que le dijera a su madre que nada bueno saldría de ese recado. Seis o siete años tendría el chiquillo, el andar estropeado, según me dijo, y flaco como un cangallo. Puede que la polio. O la equivocación del borracho de nuestro médico. A saber. Pero el niño le insistió. Madre me ha dicho que le dé esto, dijo, que yo vendré luego a buscar el encargo. La india abrió el sobre que le traía el crío. Había mucho dinero, más de lo que costaba el encargo. Mucho más. Y claro, la India me dijo que solo veía al esposo orillado y morado. Desnudo como una rama seca que quiebra la corriente. Ven en una hora, le dijo, y el muchacho se fue corriendo entre los maizales.

Después de oír la historia de la tía, que había empezado a discutir a gritos con el tío, me metí en casa y esperé sin poder precisar el tiempo. Sé que llegó la noche lenta y luego tuvo que tirar del día. Pero la casa siguió vacía. Y a mí todavía me arde lo de Luciana en el pecho y necesito contarle a madre y que me diga, como solo ella sabe, que aquí no pasa nada, mi zángano, que qué es la vida si no. Desde ayer que espero en esta nube espesa queriendo contar todo lo que ha pasado, preocupado por si madre se enteraba de todo antes de hablar conmigo. Y ahora por fin viene madre y se planta ahí, de pie,

en mitad de la cocina. Y ella no deja de mirarme y yo casi no puedo mirarla, tiene tanta tristeza en su rostro. Sin una tímida sonrisa. Marchita. Supongo que el chisme la alcanzó antes que yo. Y sí, mi corazón anda boqueando en el suelo ahora que sé que, en parte, madre perdió la sonrisa por mi culpa.

Así que eso era, madre. Oí a la tía que le contaba al tío lo de la magia negra de la Tiznada esa. No puede usted cargar con el peso del mundo, no se me eche las culpas encima. Si alguien decide hacer el mal pues allá ella, ya Dios se encargará llegado el momento. Pero no se me apene madre, no se me ponga triste que me rompa el alma verla así. Ya verá cuando le compre yo otros canarios, no se preocupe por eso que yo me encargo. Ya verá qué rápido le vuelve la sonrisa. Yo solo puedo decirle que lo siento, si es que en verdad hay que sentirlo si uno ama. Porque amo a la Luciana, madre. Ahora no sé hacer otra cosa. Mire aquí, todavía hasta me duele el pecho. Y si es necesario y usted lo cree conveniente me casaré con ella. Aunque creo que la cosa no es para tanto. Solo nos amábamos. Quizá no fuera el sitio adecuado, pero la Luciana me dijo que sus padres tardarían en volver, que había tiempo. Pero es que su padre es un venado, tenía que haberlo visto madre, parecía que dentro llevaba al mismísimo demonio el muy condenado.

Madre llora.

Madre me manda a callar con el gesto pausado de su dedo.

¿Todavía no comprende hijo mío que me lo mataron, que le atravesaron el pecho de un disparo? No puede ser madre, míreme, estoy sano. Toque usted, ande, y verá que no tengo ningún agujero.

El dolor en el pecho es culpa de la Luciana, no me haga el espectáculo. Que no, hijito, que no, que ese malnacido de Pedro le pegó un escopetazo y todavía está el pueblo entero velándolo allá en la iglesia. ¿Cómo va a ser madre? Que sí, mi hijo, que sí. Eso fue lo que sucedió. ¿Acaso no ve el luto de mis ropas? Pero, madre, yo todavía no puedo morirme que no he acabado ni la escuela, que todavía me falta el último estirón, el que te hace hombre. ¿Usted está segura, madre? Y madre llora y se desarma en el suelo. Ay, hijo mío, sí, me lo mataron ayer. Ya Luciana me contó todo en el velatorio. ¿Vio a la Luciana? Claro, mi hijo, anduvo llorando hasta ahora mismito que se quedó dormida la pobre. Es buena muchacha, hubiese sido feliz a su lado. ¡Ay, madre, pero cómo me voy a morir ahora! ¡Ahora no! ¿Usted no puede hacer nada? No hijo, no, nadie puede. ¿Y la Tiznada esa de los maizales? Ni me la nombre, ¿oyó? Pero, madre, igual ella puede hacer algo. Ella ya hizo. Hizo que a usted me lo mataran, ¿le parece poca cosa? Pero, madre, ¿no me dijo que fue el bruto de Pedro? Él llevaba el arma pero esta vez sí que la cargó el diablo. Esa bruja tiznada se la jugó, hijo mío. Y antes que ella la madre de la Luciana. Y antes, mucho antes, el padre de la Luciana. Ay, madre, explíquese que no la entiendo. Ay, hijito, verá, debo pedirle perdón porque en parte todo esto es culpa mía, usted ya debe saber de todas esas cosas que vendí hace unas semanas para hacer magia mala. Magia del demonio. Sí, sí, madre, ya escuché en casa de la tía, no me llore más. Entonces sabrá que fue por padre. Sí, algo oí. Pues el recado era para la mala madre de la Luciana. ¿Y tanto odio me tenía esa mujer si ni siquiera me conocía? No, mi hijo, no era a usted. Era al padre de Luciana. ¿Cómo al padre? Sí, mi zángano. Pedro ya anda preso en el calabozo. No creen que vuelva a ver la luz del día ni de viejo. Pues bien merecido que se lo tiene, madre. Más le deberían hacer, igual que a la madre de la Luciana, créame, hijo mío. Porque la pobre Luciana ya me contó, se desplomó anoche mientras le lloraba sin despegarse de su caja. Estaba muy cansada, no ha parado de acariciarle el cabello ni un

momento. Yo la abracé, qué otra cosa podía hacer. Y ella me devolvió el abrazo con tal fuerza que hasta me quitó el resuello. Y fue ahí que me contó. Entre los lloros y la pena. Me dijo que su padre no la quería como un padre sino que la amaba con los celos de un novio. Y que creía tenía también los mismos derechos. Imagínese al muy cerdo. ¡Maldito hijo de puta! ¡Yo lo mato, madre, lo mato así tenga que visitarlo todas las noches hasta que muera del mismísimo miedo o del remordimiento! No, mi hijo, no, no me haga eso, no se me quede vagando por aquí que no encontrará nada bueno. No me lllore, hijito, no me lllore que va a matar a su madre de pena. No tenía que haberle contado. No, madre, no, no se me preocupe, estoy bien, es un momento. Siga ande, siga.

¿De verdad quiere oír el resto? Siga, madre, siga, haga el favor. Bueno si usted lo quiere yo sigo. Pues la madre de la Luciana sabía de las cosas del marido y encontró la manera de joderlo cuando un día lo vio a usted y a su hija dándose un beso en un árbol. Eso me cuenta Luciana que siempre la veía en la ventana acechándola. La pobre dice que la madre le decía que todo aquello era su culpa, que le estaba robando al marido y que la llamaba puta y zorra y los tortazos se le escapaban. Pobre Luciana, cómo no me lo dijo, la hubiésemos acogido en casa, ¿verdad, madre? Claro que sí, hijo mío, ésa no es vida para una muchacha. Su madre mandó buscar a la Tiznada y ella le mandó el hechizo de muerte a casa. Acuérdense de los pobres canarios y aquellos huevos podridos y renegridos. Yo supe enseguida que algo ocurría, pero no pensé que fuera tan grave. Cómo no me di cuenta que aquello acabaría de esta manera.

Madre casi se desmaya y yo trato de sostenerla con mis manos que la atraviesan sin ni siquiera rozarla.

Lloro, si es que los muertos todavía podemos.

Está muy pálida. Poco a poco consigue sentarse en una silla de la cocina al igual que el color en sus mejillas. Madre, usted dijo que me mataron de un disparo, pero Pedro disparó dos veces, lo recuerdo. ¿Con cuál fue que me mató? Esa es la broma de la Tiznada, Pedro no había disparado la escopeta en su vida. El primer tiro ni se le acercó, mi hijo, y para el segundo usted ya estaba muy lejos así que Pedro bajó el arma y, según me contó la Luciana, cuando bajó la escopeta se produjo el disparo que acertó a abrirle el pecho. Él lo niega, ahora quiere parecer muy macho, ya veremos si lo es enrejado entre tanto hombre. Esa, mi zángano, es la puntería de la magia mala, la del mismísimo demonio que nunca falla. Bueno, al menos no le salió la jugada entera, porque supongo que el demonio y su propia madre hubiesen querido que la niña Luciana hubiese muerto también a manos de su propio padre. Pues qué injusta la vida, madre. Ahora encima mi querida Luciana va a tener que soportar al bicho malo de su madre todos los días hasta que pueda volar de su casa. ¡Mierda de vida, mierda, mierda y mierda! No se me enfade, mi niño. Usted quédese tranquilo. ¿Me oyó?

¿Y ahora qué, madre? ¿Qué debo hacer? Pues ahora cuando ya no sienta tanto odio se le presentará el camino. Su calor, su luz. Solo ha de seguirlo, no tendrá usted pérdida. ¿Y cuando me marche podré seguir hablando con usted? No, mi niño, ya andará usted en paz y no necesitará sosiego. Ya entiendo madre. ¿Y hasta entonces podré salir de esta espesura en la que se ha convertido nuestra cocina? Sí claro, mi hijito, usted es libre de ir donde quiera hasta que lo reclamen, entonces tendrá que ir. No podrá decir que no. Y cuando vaya para allá, búsqieme al hermanito que se nos fue sin vida y dígame que mamá siempre lo quiso, que lo llevo en el alma. Y cuídemelo que es muy peque-

ñito. Descuide, madre, buscaré al hermanito y le hablaré de nuestra madre. Oiga madre, como usted sabe que no me gusta estar a las malas con nadie durante mucho tiempo, hágame el favor de darle un beso a los hermanos y otro a padre y les dice que los quiero mucho. Descuide, mi niño. Y madre, a usted quiero verla sonreír como hacía antes. ¿Me oyó, madre? Prométalo. Muy bien, así, así es como quiero recordarla.

Otra cosa más madre, si ve a la Luciana dígame que la amo hoy y mañana y al otro y al otro. Que nunca podré olvidarla. Que ha sido la mujer de mi vida. La única, ¿me entendió? Sí, mi hijito, sí. Aunque pensándolo bien será mejor que no le diga nada, que esa es tan loca que se quita la vida para que podamos estar juntos en el cielo o donde carajo vayamos. ¡Eh!, hágame el favor de controlar esa lengua. Sí, madre, perdone.

Cómo me conoces mi amor, dice Luciana al entrar en la cocina. Ya no sangra ni llora. Está muy guapa. ¿Es que tú también puedes ver a los muertos?, le pregunto. No, amor. Nada de eso. Seguí a tu madre hasta la casa, quería pedirle alguna prenda que todavía conservara tu aroma y entonces la oí hablar. Supe que hablaba contigo. Así que dejé mi cuerpo colgado de una viga llena de jaulas vacías y, como los pájaros, yo también me escapé volando. Y aquí estoy para marcharme donde tú vayas. ¿Pero por qué has hecho eso, mi vida? Por ti. Por nosotros. Así podremos estar juntos. Ve, madre, se lo dije. Ya sabía yo que era capaz de cualquier cosa. Mira, Luciana, ese debe ser nuestro camino. Madre dice que debemos de seguirlo. Vámonos ya, date prisa. Adiós, madre, adiós. Y no se me olvide de sonreír.

Madre vuelve a llorar y ya solo alcanza a sostenerla el suelo. ¿Pero qué ha hecho, loca?, solloza madre. Lo ha dejado ganar. Se lo ha puesto demasiado fácil. ¿Acaso no sabe, niña, que a las que se quitan la vida se las queda el diablo?



2014 Fogue



